

Habitar una geografía intempestiva. Crítica, creación y perspectivas poshumanas

To inhabit an untimely geography. Criticism, creation and posthuman perspectives

Andrés Núñez¹  & Santiago Urrutia Reveco² 

RESUMEN

Buena parte de la geografía ha promovido históricamente imágenes jerárquicas y estáticas basadas en la separación y la relación asimétrica entre cultura y naturaleza. Esta perspectiva ha limitado nuestra comprensión de los complejos entrelazamientos socio-ecológicos que configuran el mundo. Ante esta situación, este artículo de reflexión teórica plantea la necesidad de un desplazamiento epistémico en la disciplina. Nos preguntamos: ¿es posible reorientar el pensamiento geográfico hacia expresiones terrestres concretas que consideren los ensamblajes humanos y no humanos, así como las relaciones de poder que los estructuran y jerarquizan? Esto contrasta con muchas de las imágenes abstractas y despolitizadas generadas en el ámbito geográfico que ayudan a perpetuar un orden demasiado fijo. Frente a este desafío, proponemos la idea de habitar una geografía intempestiva, caracterizada por un doble movimiento de crítica y creación. Esta propuesta busca, por un lado, dismantelar las imágenes que sustentan la estructura social dominante (crítica), y, por otro, fomentar la composición de nuevas imágenes, tramas y territorios que reflejen la multiplicidad de realidades existentes (creación). Aspiramos a que esta aproximación no solo enriquezca el debate académico, sino que también aporte herramientas para imaginar y construir otras geografías que respondan a las complejidades del mundo actual.

Palabras clave: Geografía, Teoría crítica, Nomadismo, Posthumanismo, Territorio.

ABSTRACT

A significant part of geography has historically promoted hierarchical and static images based on the separation and asymmetric relationship between culture and nature. This perspective has constrained our understanding of the complex socioecological entanglements that shape the world. In response to this situation, this theoretical reflection article argues for the need for an epistemic shift in the discipline. We ask: is it possible to reorient geographic thought toward concrete terrestrial expressions that consider human and non-human assemblages, as well as the power relations that structure and hierarchize them? This stands in contrast to many of the abstract and depoliticized images produced within geographic work that help sustain the established order. Faced with this challenge, we propose the idea of inhabiting an untimely geography, characterized

¹ Institución: Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET - Miembro Correspondiente); Correo electrónico: andresnunezg@gmail.com

² Institución: Instituto de Geografía, Universidad de Buenos Aires/ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET); Correo electrónico: surrutiareveco@gmail.com

by a dual movement of critique and creation. This approach seeks on the one hand, to dismantle the images that uphold the dominant social structure (critique), and on the other, to foster the composition of new images, narratives, and territories that reflect the multiplicity of existing realities (creation). We hope that this perspective not only enriches academic debate but also provides tools to imagine and construct other geographies that address the complexities of the contemporary world.

Keywords: Geography, Critical theory, Nomadism, Posthumanism, Territory.

Introducción

Vivimos en una época cuyos paisajes en apariencia diversos tienden en el fondo a lo idéntico. Vivimos entre imágenes donde el dinero-consumo nos homogeniza y desde donde cada día ratificamos el valor-mercancía por sobre otras lecturas posibles del mundo (Debord, 2018) ¿Qué fuerza es esta que determina cómo deben moverse los múltiples flujos que componen el campo social para llegar al tan anhelado, aunque siempre esquivo, “desarrollo”? ¿No contribuyen muchas de las tradicionales imágenes geográficas a tales efectos? ¿No ha participado la disciplina geográfica en la naturalización de una forma instrumental o utilitaria de comprender el territorio que a veces hace muy compleja la tarea de imaginar otras tramas, otros modos de vida posibles?³ En tal sentido, ¿No posee el saber geográfico en general una dosis amplia de despolitización al proyectar un espacio “natural” bajo el manto de una neutralidad que anula diversas críticas emergentes o nuevos potenciales ensamblajes humanos-no humanos?

El punto al que aluden estas interrogantes tiene profundas repercusiones, ya que el saber geográfico influye directamente en las políticas públicas y en diversas formas concretas de intervención territorial. Estimamos que ese conocimiento requiere una mutación que instale en toda su complejidad al objeto de la geografía, es decir, la Tierra, como elemento central de su problemática y no, como hasta ahora, la imagen o representación que los humanos hacen de ella. Aquello nos resulta crucial: se necesita de *otra geografía*, básicamente, porque el humano es solo un mundo más de la existencia terrestre y el problema de la Tierra es el de una red de fuerzas humanas y no humanas y no solamente la posición de las primeras⁴. Desde nuestra perspectiva, una parte significativa del saber geográfico que se produce y enseña actualmente en universidades y otras instituciones no parte de la crítica ni del ensamblaje humano-no humano, sino de imágenes que, como hemos señalado, se dan por sentadas. Ejemplos de estas imágenes son las de sustentabilidad, desarrollo o modernidad, entre muchas otras certezas incuestionadas que se consideran objetivos a alcanzar. Sin embargo, es innegable que aquella clásica producción de conocimiento donde solo se considera la representación humana de la Tierra cuenta con excepciones. Diversos grupos en escuelas de geografía de universidades latinoamericanas y de otras regiones vienen mostrando una especial atención a reconocer un panorama que vincule el saber geográfico con un

³ Como ya han apuntado diversos autores, desde la consolidación del modelo neoliberal a escala planetaria en torno a la década de 1990 se hace cada vez más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo (Fisher, 2016: 22).

⁴ Cuando hablamos de fuerzas nos referimos a relaciones que se practican y que no pueden ser iguales entre sí. Una fuerza solo es comprensible desde y por su relación con otras fuerzas, y no por sí mismas. Así, por ejemplo, en la historia de la modernidad la cultura (humano) ha sido una fuerza que ha subordinado a la naturaleza (no humano), produciendo su propia referencia e identidad a partir de su dominio y control jerárquico.

entramado de fuerzas en el ámbito del poder y la política terrestre, ya sea en el estudio del clima, los glaciares, la hidrología o de las propias prácticas humanas.

El propósito de fondo de este artículo es, por tanto, reforzar esas miradas e incitar el desplazamiento epistémico respecto de una serie de imágenes geográficas demasiado fijas o estáticas para así dar lugar a la posibilidad de aparición de nuevas perspectivas y horizontes críticos-creativos. Siguiendo a Stengers y Despret (2023), se trata de cuestionar cómo se produce saber científico e insistir en que, aunque se presente como neutro o a-político, ese saber es fundamentalmente político, ya que constituye una práctica social que de neutralidad tiene poco ¿A servicio de qué intereses se encuentra actualmente el saber geográfico? (Núñez & Aliste, 2020).

En tal contexto, y en base a nuestro interés por las geografías críticas y perspectivas poshumanas que se encuentran descentrando y reubicando la figura humana como un elemento más -ya no central- dentro de complejas tramas socio-ecológicas, nos hemos venido planteando la posibilidad de comprender lo geográfico como un modo de pensamiento que requiere combinar *crítica* con *creación*. Aquello es vital. Remover el antropocentrismo imperante en las investigaciones geográficas (la figura humana ya no sería un centro, sino un agente más de la multiplicidad de existencias) como a su vez desmarcarse del análisis binario humano-cultura/no humano-naturaleza (la clave residiría en el acoplamiento y la relación, no en la subordinación valorativa de los opuestos), creemos asume ese doble movimiento de *crítica* y *creación*. Tal perspectiva surge, en parte, desde toda una literatura que en la actualidad está siendo debatida en múltiples ámbitos académicos, como por ejemplo, Haraway, Despret, Bennett, Parikka, Lorimer, Barad, Deleuze, Guattari y otras, como de las propias inquietudes y discusiones sostenidas con diversos grupos de estudiantes que en distintas instancias docentes nos han llevado a hacernos algunas de las siguientes preguntas: ¿cómo abordar los debates que se plantean en torno a una geografía “más que humana”? ¿bajo qué mecanismos es posible articular las relaciones humanas-no humanas en el ámbito de la disciplina geográfica? ¿cuáles son los actuales soportes y horizontes de la crítica como creación en geografía? o ¿cómo es factible producir “otras” geografías “des-antropocentradas”? Por cierto, surge también influida por algunas perspectivas feministas que han dilucidado cómo la relación cultura-naturaleza surgida en el siglo XVII con el capitalismo, y aún imperante, es la de una cultura masculinizada (racional, jerárquica) y una naturaleza feminizada (sensible, sometida) (Federici, 2015; Haraway, 2023; Lugones, 2024).

En este marco, el desafío consiste en dismantelar la centralidad de lo humano, por cierto también del “hombre”, en la producción territorial y explorar enfoques que desarticulen las lógicas binarias propias de las ciencias modernas, especialmente en la Geografía. Esto requiere articular y sistematizar ideas que enriquezcan el debate, especialmente en un ámbito científico donde la noción de una razón humana pura e incuestionable sigue predominando, generando extrañeza ante perspectivas poshumanas. *Habitar una geografía intempestiva* propone invertir esta lógica: el humano deja de ser el centro para convertirse en un agente más dentro de un entramado de relaciones donde cada elemento terrestre, ya sea una piedra, un río, una abeja o el mismo humano, es relevante y adquiere protagonismo en el devenir-tierra. Esta perspectiva implica imaginar y trabajar en la creación de nuevos escenarios y relaciones socio-ecológicas que, aunque no ajenas a relaciones de poder, conciben los vínculos terrestres de manera más horizontal. En esta trama *más que humana*, aquellos elementos terrestres no poseen un valor o posición predeterminados, sino que surgen como el resultado de relaciones diferenciales que van tejiendo. Así, el territorio

no preexiste como un escenario dado, ni el humano es un referente universal capaz de ordenar el resto de lo terrestre. Más bien, el territorio emerge como una red o “enjambre”, tal como lo define Bennett (2020), en la que todo cobra forma y sentido desde las interacciones mismas. Por ende, no habría un territorio preexistente y estable cuyas características, potencialidades o identidad inherentes haya que develar, como parece ser el interés de estudio de buena parte del saber geográfico establecido.

Por otra parte, consideramos indispensable no perder de vista la apuesta de una geografía que incida en una mutación de la máquina social. En ciertas circunstancias se ha asociado a lo poshumano con una suerte de posmodernismo *naïf* que ignora la agencia humana y sus formas de control (Svampa, 2019). Para evitar esta tendencia, *habitar una geografía intempestiva* debe desentrañar las dinámicas económicas, políticas y culturales y relaciones de poder que otorgan valor y sentido a nuestras configuraciones territoriales. En este esfuerzo, resulta crucial mantener una crítica al capitalismo, entendido como una lógica axiomática que busca capturar (y extraer plusvalía de) diversos intentos por construir mundos alternativos fuera del dominio de la mercancía (Fujita, 2021). Así, una geografía *más que humana*, en su apertura ontológica, no puede ignorar los mecanismos que articulan y jerarquizan las relaciones entre humanos y no humanos.

En definitiva, desde nuestra perspectiva, el poshumanismo abarca diversas vertientes. Nuestro interés se centra en un materialismo poshumano que, además de reconocer la multiplicidad de agencias que componen la Tierra (como la abeja, la piedra o el río), examine las relaciones de fuerza que las ordenan, valorizan y jerarquizan. Cuestionar la trama de poder que, en términos de Rancière (2014), opera un reparto de lo sensible alineado con los intereses de acumulación de capital no es, en nuestra opinión, una cuestión marginal. En este sentido, consideramos especialmente relevantes los aportes del materialismo histórico y la geografía crítica (Harvey, 2014), pero actualizados a un nuevo tipo de materialismo impulsado, entre otros, por Deleuze y Guattari.

Bajando a la superficie para hacer otra ciencia: descentrar lo humano de los territorios

En términos generales, la ciencia moderna está arraigada en una perspectiva antropocéntrica que posiciona a lo humano como el centro de observación privilegiado (Haraway, 2020; Despret, 2022). Incluso al abordar otros seres vivos o inertes, lo hace en función de su utilidad o impacto en las actividades humanas. Por ejemplo, Darwin, según Despret (2022), desarrolló su teoría de la competencia en la evolución y la selección “natural” para influir en la interpretación del comportamiento social humano. De este modo, el conocimiento científico tradicional ha quedado restringido a una visión narcisista y antropocéntrica del lenguaje y el pensamiento humano (Bennett, 2020). Esto perpetúa un marco conceptual en el que todo lo no humano es interpretado desde categorías o “redes conceptuales” humanas, consolidando la dicotomía moderna entre una cultura dominante y una naturaleza subordinada. Como resultado, gran parte de la ciencia opera como un instrumento aparentemente neutro, diseñado para comprender, administrar y extraer beneficios tanto del trabajo social como de la realidad no humana (Caffentzis, 2018).

Lo anterior resulta relevante para la propuesta que deseamos plantear. Más que entender la ciencia como un lenguaje absoluto o un saber neutro derivado exclusivamente de la razón hu-

mana, consideramos necesario cuestionar qué tipo de organización espacio-temporal permite consolidar un saber que actúa como “traductor” humano frente a lo no humano. Por ejemplo, ¿qué nos llevó a asociar Patagonia con “desarrollo sustentable” o a definir a Chile como “un país largo y angosto” sin examinar las relaciones de poder que construyeron esas imágenes? Dichas narrativas han servido para desplegar políticas territoriales marcadas por el centralismo además de producir importantes ganancias para grupos específicos. Por lo mismo, una pregunta central es esta: ¿Dónde queda la multiplicidad, es decir, aquellos mundos que desafían estas imágenes diseñadas para beneficiar ciertas plusvalías?

Como han demostrado los estudios sociales de ciencia y tecnología en las últimas décadas, resulta cuestionable seguir considerando al sujeto humano como único productor de lo social, del territorio o de la ciencia, ignorando las diversas fuerzas “más allá de lo humano” que intervienen en toda producción (Latour, 2021). En este contexto, cobra relevancia la pregunta de Foucault: ¿en qué condiciones es posible la constitución de un tipo de saber? (Foucault, 2010). Una posible respuesta sugiere que el saber no es simplemente lo que un sujeto aprehende de un objeto, sino el resultado de procesos complejos que, lejos de ser neutra o definitiva, convierten a la ciencia en un terreno de disputa contingente. En el fondo, si la operación se reduce a reproducir saberes o ratificar leyes, la ciencia no produciría pensamiento propiamente tal.

En este contexto, cabe preguntarse: ¿cuántas verdades científicas han respaldado procesos de subordinación identitaria, violencia y acumulación económica? Durante la conformación de los estados modernos en América Latina, muchas de estas verdades legitimaron el exterminio indígena y la expulsión de comunidades de sus territorios, todo bajo los ideales de progreso, civilización y modernidad. Del mismo modo, desde el siglo XX, una cierta lógica o “racionalidad económica” ha justificado la quema de bosques en la Patagonia y la Amazonía como parte del camino hacia el desarrollo (Harambour & Serje, 2023). Como sostiene Isabelle Stengers, la ciencia nunca es desinteresada, la cuestión, por tanto, es con qué intensidades o fuerzas se conecta: “No creo que los científicos sean «ingenuos» como gallinas bajo cuyo vientre uno vendría a sacar un huevo u otro para darle un valor nuevo, al servicio de la humanidad. Ellos saben perfectamente llamar la atención de aquellos que pueden hacer oro con sus resultados” (Stengers, 2019, p. 15).

En el mismo sentido, actualmente existe un consenso en trabajar hacia “lo sustentable”, pero sin visibilizar las fuerzas económico-políticas que lo configuran como un nuevo axioma del capital. Lo sustentable es una imagen que replica lo que era el progreso al siglo XIX. En este sentido, la propia Stengers (2017) plantea una pregunta clave: “¿por qué los científicos han preferido aliarse con el Estado y la industria, definiendo al resto como carente de conocimiento y racionalidad?” (Stengers, 2017, p. 99). El discurso de la “verdad científica” suele ignorar —quizás porque amenaza sus fundamentos— que los paradigmas científicos son el resultado de tensiones y negociaciones en las que confluyen diversos factores, instituciones e intereses (Preciado, 2020). Por lo tanto, el conocimiento es no solo un terreno de disputa, sino también una imagen en constante transformación, a pesar del esfuerzo de ciertas verdades científicas por fijar y estabilizar dichas imágenes.

Desde esta perspectiva, la idea de la excepcionalidad humana —tan fija e incuestionable como la noción de una ciencia como lenguaje universal— requiere ser replanteada, tal como lo han señalado notables investigadoras como Haraway (2020), Despret (2022), Stengers (2019) y Lucero

et al. (2023)⁵. Estas intelectuales han expuesto los mecanismos que configuran una biopolítica del conocimiento donde, aunque lo humano es solo un vector constitutivo, se posiciona como una excepcionalidad centralizadora. Despret (2018) observa que en los siglos XIX y XX, el discurso científico estuvo marcado por “la exclusión de toda forma de antropofornismo” (p. 59), subordinando y jerarquizando arbitrariamente todo lo “externo” a lo humano (Despret, 2023). En este contexto, resulta clave señalar brevemente algunos puntos que permitan problematizar estas dinámicas y avanzar hacia una ciencia menos jerárquica y excluyente.

En primer lugar, la ciencia moderna a la que nos hemos venido refiriendo puede ubicarse en una línea espacio-temporal específica, donde su estatus superior a otros saberes solo es comprensible en el marco de procesos históricos que separaron la cultura de la naturaleza, concebida como algo a ser organizado y controlado (Latour, 2007). En este contexto, el relato de los científicos como agentes del progreso no solo fue monopolizado por hombres occidentales burgueses -con todas las exclusiones que esto implica-, sino que, como señala Isabelle Stengers (2017), se posicionó como una suerte de “cerebro colectivo de la humanidad” (p.95). Sin ignorar el potencial del pensamiento científico para reimaginar estas relaciones, es importante señalar que esta posición de poder tuvo profundas implicancias, consolidando una visión del territorio no solo como un soporte natural y neutral, sino como objeto de apropiación y propiedad privada (Despret, 2022; Scott, 2022).

Segundo, gran parte de la ciencia moderna que describimos busca respuestas definitivas o universales, lo que la vincula a una política molar o mayor (Deleuze & Guattari, 2015)⁶. En lugar de plantear problemas, intenta establecer “una representación geométrica de los fenómenos”, imponiendo un orden “natural” para desarrollar una cultura de la objetividad (Bachelard, 2013). Desde esta perspectiva, el intelectual o científico se convierte más en un “guardián de los valores” de su época que en alguien que crea nuevos mundos y pensamientos (Foucault, 2022). Este enfoque tiene implicancias complejas, pues, como hemos señalado, los valores de los siglos XIX y XX se construyeron desde un prisma occidental, masculino, liberal y antropocéntrico, percibido como “el coherente y el superior” (Morton, 2019, p. 142), mientras la diferencia quedó relegada a una suerte de “desviación” (Deleuze, 2017). Esto plantea una cuestión política clave: ¿quiénes, cómo y bajo qué relaciones de poder construyen ese orden y esa raíz universal? Un ejemplo claro es la producción del conocimiento que organiza a las naciones. Aunque existen diversas prácticas de reapropiación por parte de distintos grupos, en general, su flora, fauna, relieve, materias primas, folklore e historia son articulados por los grupos dominantes para sistematizar el horizonte de comprensión de sus habitantes (Núñez et al., 2024).

⁵ La riqueza de su enfoque va más allá, ya que su crítica involucra dismantlar lo que ya parece evidente: la levedad de la posición de un hombre producido desde un diagrama de agenciamientos: “racional”, “fuerte”, “organizador”, etc. Ese “hombre” - o cuerpo devenido “hombre” - requirió una ciencia, un instrumento que justificase su propia territorialidad corporal. Sin embargo, ese “hombre”, como bien ha apuntado Foucault, “ya ha muerto”. Al respecto, Deleuze y Guattari expresan: “En nuestros días, sólo es posible pensar a partir del hombre desaparecido. Pues este vacío no indica una falta, no es una laguna que hubiese que rellenar. Es, ni más ni menos, el despliegue de un espacio en el cual es posible de nuevo pensar...devenir-mujer, y luego vienen los devenires animales y todos ellos hacia un devenir imperceptible”. (2015, 280)

⁶ Al respecto, la ciencia despliega y normaliza los mecanismos para definir lo asignado y de este modo articula la máquina social. Si seguimos a Ranciere (2014) y a Foucault (2011), aquella política mayor de la ciencia incluso es capaz de capturar los posibles desplazamientos de lo asignado, es decir, puede llegar a incorporar a su estabilidad o paradigma una política menor o lo que el propio Foucault llama “estrategias”.

Tercero, lo que en la actualidad hace más cuestionable esta concepción de la ciencia es el lugar de exclusividad de lo humano como fuente de todo conocimiento (Braidotti, 2020). Esta centralidad organiza las relaciones entre cultura y naturaleza, donde lo racional -una racionalidad mayoritariamente masculina, blanca, europea y burguesa, como hemos señalado- se convierte en un instrumento para imponer valores, relaciones y formas de producción a diversas trayectorias. La ciencia canaliza estas trayectorias a través de mecanismos de medición, clasificación y normalización (Wallerstein, 2006). De este modo, gran parte de la ciencia moderna tiende a confirmar lo existente, sus valores y significados, sin promover cambios o transformaciones sustantivos, salvo que estos sirvan a nuevos procesos de acumulación. En ese sentido, Stengers (2017) señala agudamente la relación entre razón y capitalismo, al observar que “todo el discurso científico remite a un lenguaje binario indispensable para robustecer la organización social: la razón v/s superstición, donde razón es el modelo que orienta y define cierto tipo de control social”.

En todo caso, es necesario reconocer que renovados impulsos están en proceso de “in-disciplinar” este tipo de ciencia. El surgimiento de perspectivas como el propio posthumanismo, los nuevos materialismos, el pensamiento ambiental crítico latinoamericano y las teorías no representacionales ha evidenciado no solo la finitud e historicidad del saber moderno, sino también de la figura humana, al reconocer “las múltiples técnicas micropolíticas y macropolíticas mediante las cuales el cuerpo humano ha sido disciplinado, normalizado, acelerado y desacelerado, dotado de un género, sexuado, nacionalizado, globalizado, descartado o, por lo demás, producido” (Bennett, 2022, p.33). Estas corrientes también cuestionan la supuesta excepcionalidad humana sobre otros seres, promoviendo un estatus horizontal para las diversas existencias que pueblan el mundo (Souriau, 2017; Lapoujade, 2018; Coccia, 2021; Escobar et al., 2024). Así, en lugar de polaridades fijas (como el binarismo clásico de la modernidad), se propone una multiplicidad dinámica de formas y potencias ensambladas y desensambladas.

“No hay realidad que no esté acompañada de una nube de potencialidades que la sigue como su sombra. Cada existencia puede devenir una incitación, una sugestión o el germen de otra cosa, el fragmento de otra realidad futura. Toda existencia deviene en derecho inacabada (...) Se pasa de un mundo estático donde los modos de existencia son descritos por sí mismos a un mundo dinámico donde de ahora en más lo que importa son las transformaciones, los aumentos o disminuciones” (Lapoujade, 2018: 33).

Al final de una recta, el giro constante: geografía intempestiva y nomadismo

Para nuestra argumentación, el término nomadismo se toma de la obra conjunta de Deleuze y Guattari, particularmente el tratamiento que realizan en *Mil Mesetas*, segundo tomo de la serie “Capitalismo y esquizofrenia”. En su conceptualización, el término no se refiere al movimiento extensivo entre puntos a través de un territorio concebido como superficie o contenedor, sino fundamentalmente al desplazamiento y desestabilización de los códigos sociales dominantes (Deleuze & Guattari, 2015, p. 359-431). Así frente a imágenes fijas y ancladas en los valores de la trascendencia y la identidad inmóvil (“desarrollo”, “sustentabilidad”, entre otros), el nomadismo representa un movimiento que traza la posibilidad de crear mundos o territorios nuevos. Según las circunstancias, puede ser un mecanismo de fuga tanto de los aparatos de captura, como el Estado, como de

la axiomática capitalista. Como vimos anteriormente, gran parte de la ciencia tradicional ratifica y reproduce el orden molar, es decir, el modelo que organiza las certezas (“Chile es un país largo y angosto” o “El Norte Global es desarrollado”). En contraste, una ciencia nómada busca “destruir la imagen y sus copias, el modelo y sus reproducciones, toda posibilidad de subordinar el pensamiento a un modelo o imagen de lo verdadero” (Deleuze & Guattari, 2015, p. 382).

Hemos argumentado a favor de un poshumanismo crítico, que no implique la anulación completa ni de lo humano ni de la ciencia, sino el análisis de su rol como componentes de maquinarias más amplias (Mumford, 2020). Es fundamental, por tanto, evaluar críticamente el descentramiento de lo humano y el papel político de la ciencia moderna, situándolos en contextos y trayectorias específicas que influyen en el desarrollo del capitalismo. Desjerarquizar no implica invisibilizar las relaciones de poder, sino justamente lo contrario. Si no lo hacemos, seguiremos atrapados en modelos universales o capturas identitarias que inmovilizan el pensamiento. Por otra parte, si nos limitamos a un poshumanismo sin agencia humana, olvidaremos que existe una economía política y relaciones de poder que agrupan y distribuyen las fuerzas.

¿No es la ciencia tradicional, producida bajo ciertos códigos, un factor que colabora en la estabilidad axiomática del capital? Como ha señalado Swyngedouw (2011; 2021), esto es evidente, especialmente en la gestión de la crisis climática impulsada por los gobiernos en acuerdo con diversos organismos internacionales: en lugar de cuestionar los intereses que estructuran las relaciones socio-ecológicas responsables de la crisis, una parte importante de la ciencia se enfoca en medir la concentración de CO₂, convirtiéndolo en un fetiche. Estas mediciones son insuficientes si no comprendemos cómo y con qué fines se produce este saber que neutraliza el problema al abordarlo desde una perspectiva técnico-científico-gerencial donde “las discusiones ambientales le otorgan a la comunidad científica el rol de portadora de la verdad y a las élites políticas el de gobernantes del mundo” interesados en que “todo cambie para que nada cambie” (Swyngedow, 2021). Estimamos que faltan preguntas de fondo con las que dialogar: ¿Qué condiciones socio-ecológicas favorecen la crisis ambiental? ¿Qué rol juega la movilidad del capital en tal panorama? Desde este punto de vista, parece necesario que la ciencia se deshaga de parte de su instrumental moderno y elabore nuevas formas de abordar procesos que no son solo “humanos” o “naturales”, sino agenciamientos dinámicos y multiespecies (Achondo, 2023).

El concepto de “antropoceno”, o incluso el de “capitaloceno”, ha demostrado que todas las existencias pueden afectar y ser afectadas en la trama de la vida (Moore, 2020), y que cada materialidad, aunque con distintos impactos, deja huellas en su entorno (Souriau, 2017). Desde este prisma, es posible (y necesario) pensar el territorio no solo como soporte, sino como una composición de trayectorias humanas y no humanas (Desprest, 2022). Por ejemplo, al estudiar el clima es esencial atender a las prácticas climáticas, sus singularidades y relaciones multiespecies situadas, en lugar de buscar un clima universal. Es necesario investigar la atmósfera o ambientalidad que cohabita con los humanos en su ensamblaje cotidiano (López, 2024). Esto nos lleva a invertir el problema: los hábitos, las prácticas y sus red de relaciones situadas pueden ser mecanismos de apertura y emergencia de creación de nuevos mundos. En ello Latinoamérica puede ser una centralidad desde su propio “subdesarrollo”, esto es, reconocer y valorar otras prácticas, otras trayectorias, otras geografías.

Desde este punto de vista, investigar bajo flujos nómadas implica adoptar una actitud más que seguir un programa replicable. Como señala Lapoujade, esta actitud consiste en “renunciar

a toda investigación por los fundamentos” (2016, p. 34). De este modo, la ciencia pierde su carácter imperial y “baja a la superficie” para interactuar con la multiplicidad de existencias. En este contexto, es crucial preguntarse: ¿Qué fuerzas estabilizan o axiomatizan las imágenes en movimiento? No se trata solo de criticar las imágenes dogmáticas, sino también de mostrar cómo fueron producidas (Combes, 2017). Solo así será posible desplazar las imágenes geográficas hacia horizontes más des-jerarquizados como los que promueven ciertas perspectivas críticas poshumanistas (Oliveira, 2023). Este proceso de desmantelamiento de las imágenes geográficas es condición de posibilidad para crear nuevas: “Una máquina de metamorfosis (nómada) no repite lo mismo, sino que genera algo diferente” (Patton, 2013). Por ello, más que buscar regularidades, es necesario investigar cómo se producen ciertas constantes, revelando su juego de fuerzas, su finitud y discontinuidad. En otras palabras, *al final de cada recta, es necesario girar*.

Algunas proposiciones para habitar una geografía intempestiva

Imágenes y relaciones de fuerza

Como hemos señalado, un aspecto clave para desmontar las imágenes dominantes y nomadizar el pensamiento geográfico es comprender cómo funcionan las relaciones de fuerza, ya que son ellas las que articulan y movilizan las condiciones de posibilidad para las múltiples existencias (Deleuze, 2002). Este ha sido, por ejemplo, el caso de la construcción del territorio latinoamericano como subdesarrollado, salvaje e incivilizado, mediante el cual Europa ha narrado históricamente su diferencia. Lo mismo ocurre con las imágenes de sustentabilidad y neutralidad de carbono. El punto central es que tanto el “sur” como lo “no sustentable” adquieren forma y posición en los marcos que el norte o el desarrollo sustentable le otorgan. El problema fundamental, como planteamos al principio, es: ¿quiénes, cómo y desde dónde se fabrican los valores y sentidos que permiten que el norte y lo sustentable ejerzan su relación de fuerza sobre un sur subdesarrollado y no sustentable? Los movimientos financieros contemporáneos muestran que las compañías extractivistas (petroleras o mineras) siguen siendo de las más rentables, aunque en paralelo financian las Cumbres Ambientales y organizan plataformas de desarrollo sustentable para el futuro (hidrógeno verde o el litio). Un ejemplo claro de esto son las empresas forestales en Chile, que hoy son vistas como “verdes” por haber logrado articular la imagen de que “producen naturaleza” en lugar de “extraerla” (Núñez, 2024b). De manera similar, investigaciones recientes han mostrado la cuidadosa construcción de la imagen sustentable de la minería submarina (Rodríguez, 2024).

Comprender el rol de las imágenes, por tanto, es clave para nomadizar la geografía (Oliveira, 2009). De hecho, las imágenes que fijan y organizan el saber geográfico constituyen un territorio donde se desenvuelve un tipo de biopolítica que promueve una identidad inmóvil y “natural”. En otras palabras, estas imágenes dogmáticas limitan el porvenir a sus propias referencias universales: “El Chile largo y angosto” inmoviliza otros habitares y otras imaginaciones posibles, mientras que la idea de “Los Andes-frontera” ahoga su porosidad, al desconocer las múltiples trayectorias que cruzan la cordillera, más allá de las prácticas turísticas.

De allí que la imagen dogmática es siempre un argumento abstracto, ya que refleja un modelo que actúa en re-presentación de las otras. Según Lapoujade, para Deleuze “cada imagen o preten-

sión bien fundada se llama re-presentación (ícono), puesto que la primera en su orden es todavía la segunda en sí, por relación al fundamento” (p.51). En otras palabras, la imagen dogmática *exige* una posición de valor y sentido desde donde se debe pensar el territorio, otorgando fundamento y orden a lo que aparece como desvío de la representación dominante. Así, ejerce una autoridad imperial, y, de hecho, las imágenes geográficas han sido verdaderos íconos de control que distribuyen valores económicos, morales, identitarios y disposiciones corporales “donde acontece el poder” (Bulo, 2022, p. 9).

¿Con qué derecho esas imágenes ordenan jerárquicamente a su diferencia? No solo por medio del monopolio de la violencia, del poder económico o de la ley, sino fundamentalmente con el que le arroga el hecho de que gran parte de nosotros, individuaciones producidas en el mismo proceso económico y libidinal, somos quienes en una escala micro y cotidiana reafirmamos la misma imagen y evitamos su ruptura (Debord, 2018). La mayoría, entonces, acepta que “Chile es un país largo y angosto” o que el “norte global es desarrollado”, porque esas son las imágenes que nos han formado. Desde nuestro punto de vista, gran parte de la geografía se basa en estas imágenes dominantes sin cuestionarlas y es desde ellas que surgirán las “características” a estudiar, es decir, desde ellas se impartirán cursos, informes y objetivos de desarrollo. Tal vez sea necesario dar un paso al costado y preguntarnos cómo esas imágenes llegaron a ser lo que son, es decir, qué estrategias y cuáles son las relaciones que les confirieron el estatus de “naturalidad”.

Otras geografías, diferencia y multiplicidad

Visto así, tradicionalmente el estudio geográfico ha funcionado como un *orden conservador*, centrado en ratificar imágenes dogmáticas que son las que se “enseñan”. Pero, ¿qué hay más allá de esas estabildades identitarias que conforman la mirada geográfica? La diferencia, es decir, otras geografías (en plural) y la posibilidad de que todo pueda ser de otro modo. Este enfoque nos lleva al doble proceso ya mencionado: (a) *crítica* a la imagen molar o dogmática y (b) *creación* de nuevas imágenes. Es aquí donde los conceptos de *diferencia* y *multiplicidad* cobran relevancia. Cuando nos limitamos a ratificar lo dado, nos mantenemos atrapados en un centro que mediatiza todas las otras imágenes posibles (“Chile es un país largo y angosto” interviene y subordina todas otras imágenes posibles). En cambio, al desestabilizar o deformar ese modelo, “bajamos a la tierra” y observamos los diversos caminos posibles de cada experiencia o vida, multiplicando el mundo en fragmentos y diferencias: “Cada cosa, cada ser, debe ver su propia diferencia, ya que cada uno no es más que diferencia entre diferencias” (Deleuze, 201, p.101).

Lo anterior expresa otra manera de comprender el concepto “territorio” en tanto deja de pensarse como un contenedor extensivo, cerrado y coherente y deviene encuentros de intensidades espacio-temporalmente situadas. En este contexto, el habitar geográfico y sus relaciones materiales se vuelve esencial para superar el campo de la representación. No se trata de establecer o responder a regularidades, leyes o modelos, sino de captar los movimientos de la diferencia, es decir, mostrar la discontinuidad y multiplicidad de formas de vida. Souriau denomina a esto “planos de existencia”, señalando que “cada cosa existe a su manera” (2021, p.33). Al comprender el territorio como creación y no como algo extenso o natural, la investigación geográfica se enriquece, dado que la multiplicidad y la diferencia se expresan en una heterogeneidad de prácticas, relaciones y experiencias, no quedando supeditadas a elementos centrales o abstractos

que tienden a invisibilizar la compleja composición territorial (como los modelos climáticos o la sostenibilidad).

Es clave entender que esta composición de elementos heterogéneos ocurre mediante gradientes de intensidad, no por simple suma, en función de la fuerza con que se expresan y se acoplan en determinados ensamblajes. Este enfoque plantea el desafío de observar los territorios como composiciones dinámicas, reconociendo, sin embargo, que estas fuerzas heterogéneas también interactúan con estructuras que intentan estabilizar el flujo (o re-territorialización) y reafirmar modelos geográficos que organizan el campo social bajo lo “incuestionable” o “natural”.

Composición y enjambres de intensidades y líneas

Desde nuestra propuesta, una geografía intempestiva no se orienta a reafirmar identidades, sino a movilizar intensidades. ¿Qué son las intensidades? Son expresiones de diferencia y singularidad, comprensibles solo a través de los ensamblajes que forman con otras intensidades. Las intensidades abren la posibilidad de “devenires-minoritarios” que resisten ser absorbidos por identidades dominantes, como la axiomática capitalista o la codificación estatal. Se pueden comparar con lo que Latour llama “actantes”: “Un actante no es ni objeto ni sujeto, sino un interviniente... una fuente de acción; puede ser humano, no humano o, más probablemente, una combinación de ambos” (citado en Bennett, 2022, p.44). En una comunidad determinada, por ejemplo, una piedra o un río pueden tener una existencia significativa, pero su expresión se manifiesta en relación con otras agencias, humanas o no humanas (Viveiros de Castro, 2013). El caso expuesto por Aynol (2024) resulta muy elocuente al respecto: un cuerpo minúsculo o aparentemente insignificante como una partícula de contaminación en Coyhaique, la ciudad de Patagonia chilena con niveles de polución más altos de Latinoamérica, si se *encuentra* con otras partículas puede terminar afectando a una comunidad humana entera. Este fenómeno se vuelve más interesante aun cuando pone en cuestión la imagen de un territorio supuestamente prístino, verde y paradójicamente puro como Patagonia, imagen que finalmente favorece ciertos intereses de poder y comerciales.

Las intensidades pueden entenderse como líneas que, al interrelacionarse, van configurando un territorio. En esta perspectiva, el valor y sentido de un territorio no existe de forma aislada, sino que emerge de una composición “más que humana” impregnada de relaciones de poder. Es esta compleja red –un “enjambre” en palabras de Bennett o una “cartografía” en términos de Guattari– la que merece análisis y estudio (Ingold, 2018). Con el propósito de explorar las intensidades y su devenir sin jerarquías o referencias dogmáticas, surgen preguntas: ¿Cuántos nortes puede albergar el sur? ¿Cuánta llanura hay en la cordillera de los Andes? ¿Acaso la integración no produce cierto aislamiento? ¿Es posible una geografía desde abajo, desde los márgenes, sin una centralidad que oblitere su multiplicidad?

Pensar en intensidades implica, en definitiva, reconocer la finitud y contingencia del objeto de estudio, observando composiciones microfísicas que, aunque no escapan a los sistemas de referencia (como las imágenes dogmáticas, los aparatos de captura, la mercancía o las propias relaciones de producción), no conciben la temporalidad como lineal ni el territorio como un simple contenedor. Así, es crucial indagar en composiciones singulares, identificando los sistemas de referencia que buscan esencializar o verticalizar, con el fin de develar sus pretensiones de universalidad (crítica). Desde allí, se debe tratar de redirigir los flujos y las coacciones de dichos

sistemas (como el capitalismo y los aparatos de captura) hacia otros sentidos posibles (creación). Esta combinación impulsa una geografía intempestiva y su inherente nomadismo.

Habitar la geografía “más-allá-de-lo-humano”: los territorios como composición intensiva

Lo anterior, en definitiva, nos lleva a una comprensión distinta del territorio. Habitar una geografía “más-allá-de-lo-humano” supone un compromiso con geo-grafías que expresen no solo la capacidad de agencia de las entidades humanas, sino también de las no humanas. Así, lo intempestivo de una geografía materialista y poshumana involucra también el descentramiento de lo humano con el propósito de construir otros horizontes socio-ecológicos. Desde este punto de vista, lo humano solo se comprende como figura central en tanto que resultado de procesos que para el caso hemos situado en el proyecto de la modernidad capitalista. En otras palabras, lo humano como agente monopolizador de una ciencia que solo busca respuestas humanas olvida a la Tierra misma, estructurando todo lo no-humano en relación con una forma normativa de sociedad y de naturaleza. Como señala Braidotti: “Lo humano es una convención normativa...con un elevado poder reglamentario y, por ende, instrumental a las prácticas de exclusión y discriminación” (2015, p.39). La consecuencia lógica es que “lo racional” en las arquitecturas imaginarias de lo humano se convierte en control de todo lo que queda fuera de esa definición, incluyendo animales, bosques, minerales, agua y ciertos colectivos humanos, todos considerados simplemente como “recursos” en el lenguaje cotidiano.

Habitar otras geografías implica, simultáneamente, (re)construir otra tierra. Según Deleuze, la Tierra es un “cuerpo sin órganos, atravesada por materias inestables no formadas, flujos en todos los sentidos, intensidades libres o singularidades nómadas” (Deleuze & Guattari, 2015, p.47). Sobre esa base, la cuestión de fondo sería, ¿cómo construir escenarios socio-ecológicos menos jerárquicos y desiguales que, al mismo tiempo, sean capaces de reconocer y habitar la diferencia entre existencias humanas y no humanas, es decir, que amplie -y no disminuya- los mundos posibles? Pensar “más-allá-de-lo-humano” implicaría fundamentalmente desobedecer su posición de privilegio y cultivar composiciones geográficas que practiquen la solidaridad ya que, como señala Haraway, “devenir-con es la manera en que los seres asociados se vuelven capaces” (2019, p.36) ¿Cómo es posible que interpretemos los glaciares, el clima o los movimientos de la tierra - a los que llamamos “riesgo”- sin reconocer que lo humano ya está inserto en lo no humano, y que nuestra autoconciencia emerge desde la propia tierra?

Llegamos entonces a uno de los aspectos centrales de esta propuesta que es contribuir con perspectivas que empujen hacia nuevas formas de habitar la geografía y, en lo posible, componer y comprender de otro modo la territorialidad. Pensar críticamente un territorio requiere ineludiblemente identificar las “geometrías del poder” que Massey (2005) ha expuesto como aquellas formas políticas que transforman la comprensión geográfica de un territorio hacia un espacio neutral, objetivo, estático y absoluto. Esto nos resulta interesante y no debemos perderlo de vista. Sin embargo, desde la reflexión del materialismo poshumano que acá intentamos desplegar, se torna imperioso también despojar al humano como productor monopolístico de lo que se entienda por territorio. Así, territorio requiere comprenderse como un ensamblaje entre potencias humanas y no humanas y desde allí como expresividad, como ritmo, como intensidad y, a su vez, por lo

mismo, como “un lugar de paso”, es decir, como movilidad y metamorfosis permanente. Acontecimientos, no reglas; experiencias, no modelos; relaciones de cooperación, más que de competencia y control: ¿a quiénes sirve la trascendencia de un territorio fijo -“Chile largo y angosto”- que opera bajo principios de regularidad y modelo? ¿qué vidas y existencias quedan invisibilizadas bajo aquella imagen-territorio-fundamento?

Este enfoque que resalta la discontinuidad territorial resulta esencial para desarrollar una ciencia nómada. Deleuze y Guattari afirman: “El agenciamiento territorial es inseparable de las líneas o coeficientes de desterritorialización, de los pasos y de los relevos hacia otros agenciamientos” (2015, p.337). Así, una geografía nómada como la que aquí se propone ya es en sí misma una forma de disrupción y desestabilización: mientras que la geografía tradicional ha promovido la jerarquización y centralización de imágenes espaciales (al definir los límites de un territorio o modelar el clima desde una perspectiva representacional que lo despolitiza), una geografía nómada busca “desbaratar los códigos” y desafiar las representaciones fijas y convencionales (Deleuze, 2005, p.228). Este pensamiento intempestivo invita a cuestionar los marcos estáticos desde los que se observa lo geográfico. Preguntas como: ¿cómo se vive y se compone el clima desde la experiencia de una comunidad? ¿qué relaciones vinculan a ciertos grupos con sus mundos circundantes (Von Uexkull, 2013)?, ¿de qué manera el principio de sustentabilidad funciona también como mecanismo de control en procesos productivos? o ¿cómo influye un glaciar en la configuración de un espacio-tiempo específico? abren nuevas perspectivas. Estas interrogantes desestabilizan la comodidad de una ciencia geográfica centrada exclusivamente en “lo dado”, ampliando el horizonte hacia una comprensión más compleja de triple dimensión: dinámica (movimiento), situada y relacional (ensamblajes).

Reconocer el carácter situado del conocimiento geográfico permite construir desde lugares de enunciación alternativos que contribuyan al diseño de territorios diferentes (Mansilla et al., 2019). Aquellos tres elementos referidos en el párrafo anterior respaldan esta perspectiva: la crítica a la representación (de por sí fija), el énfasis en las relaciones y el carácter situado del saber. Estos aspectos ayudan a entender las fuerzas, expresiones e intensidades que constituyen el territorio. Así, la cuestión central no es reproducir o representar lo visible, sino componer, trazar y habitar nuevos territorios donde el humano no sea el centro, sino una parte de la compleja composición terrestre. Asimismo, el territorio se presenta como una composición en constante movimiento, una entidad en permanente transición “hacia otros agenciamientos” (Deleuze, 2015, p.332). Desde esta perspectiva, el papel de una geografía nómada es visibilizar estas composiciones fluidas y su juego de fuerzas, cuestionando la rigidez de las imágenes geográficas tradicionales y abriéndose al devenir de la tierra. Este enfoque permite revelar mundos minoritarios que resisten las identidades geográficas dominantes, caracterizadas por el dominio, la jerarquía y la competencia. Mientras la geografía tradicional, desde sus gabinetes y exploraciones “imperiales,” ha buscado defender la representación y perpetuar lo estático, el escenario actual parece invitarnos a comprometerse verdaderamente con la *grafía* de la *geo* y vincularla al dinamismo propio de la Tierra. Como señala Lapoujade: “La desterritorialización no es un movimiento de alejamiento de la tierra, sino aquel mediante el cual uno se reúne con ella, acompaña y cabalga sus fuerzas” (2016, p.43).

Reflexiones finales

El saber geográfico moderno, lejos de honrar su propósito, ha tendido a desvalorizar la Tierra. Aunque su nombre sugiere una conexión con la *grafía* de la *geo*, este saber, anclado en una visión que refuerza la separación entre cultura y naturaleza, se distancia frecuentemente de las composiciones terrestres para construir explicaciones abstractas y universales. En contraposición, desde la idea de *habitar una geografía intempestiva*, proponemos un enfoque distinto: desplazar las imágenes geográficas dominantes y desarticular los códigos hegemónicos mediante un trabajo genealógico que abra paso a nuevos escenarios socio-ecológicos. A este proceso lo denominamos *crítica*. Al mismo tiempo, sostenemos que habitar una geografía de la diferencia requiere generar nuevas combinaciones entre lo humano y lo no humano, explorando distribuciones del espacio y el tiempo que hagan visibles realidades soterradas por el control y la normatividad de las imágenes dominantes. Este proceso lo denominamos *creación*.

Este enfoque “doble” exige una actitud radicalmente distinta hacia el saber geográfico. Ya no se tratará de “re-reproducir” identidades geográficas fijas, sino de “rastrear” o “seguir” ciertas intensidades que den lugar a nuevos territorios, es decir, “producir”. Por otra parte, supone una actitud orientada a plantear problemas o discontinuidades más que establecer o ratificar respuestas-modelos o regularidades. Finalmente, los resultados obtenidos no buscarán validez universal, sino pertinencia específica para contextos particulares. Concebido como ciencia nómada, el saber geográfico debe responder a cuestiones que trascienden los marcos de normalización desde los cuales tradicionalmente se ha producido el conocimiento en nuestra disciplina. Desplazar estas normalizaciones significa, asimismo, desplegar otro modo de habitar, uno que permita, como dice Despret, la creación de territorios donde lo importante no sea su estabilidad o apropiación, sino su carácter fluido, su condición de lugar de paso, es decir, su expresividad (Despret, 2022). Por lo tanto, la pregunta por qué territorios producimos resulta crucial, ya que define si privilegiamos la competencia o la cooperación, y ello involucra a todas las fuerzas, humanas y no humanas (Morton, 2019).

El sometimiento que implica encorsetar y privatizar el concepto de territorio, en tanto remite a una esencia, a una jerarquía, a un orden social desigual, a la ganancia de unos sobre otros, está vinculado a afectos “tristes” en la medida que disminuye nuestras potencias, nuestra capacidad de afectar y ser afectados (Deleuze, 2019). Por ello, la crítica a los códigos, valores y diversos dispositivos que ratifican el orden establecido no puede provenir del celo o resentimiento, sino de una nueva sensibilidad (estética, política, afectiva, científica). En ese sentido, creemos que la crítica o disrupción acá propuesta no es una negación reactiva de lo actual en miras de un supuesto mañana más prometedor, sino de un impulso que permita incrementar nuestras potencias actuales en un movimiento creativo constante. Es decir, *habitar la geografía de otro modo*, de manera *intempestiva*, aspira a incitar un movimiento continuo de composición de otras relaciones y formas de vida desde el involucramiento con las condiciones y fuerzas contemporáneas. Creemos que de este modo colaboraremos a socavar las imágenes que sostienen la organización dominante (*crítica*) como a componer simultáneamente otras imágenes, otras tramas, otros territorios (*creación*).

Agradecimientos

Los autores agradecen a ANID que a través del proyecto Fondecyt N° 1210944 “Geografías posthumanas en Patagonia: intersecciones entre naturaleza, capital y deseo” posibilitó la investigación de este trabajo.

Referencias bibliográficas

Aynol, R. (2024) *Tras la cortina de humo. Geografías híbridas en la contaminación del aire en Coyhaique, Patagonia-Aysén*. Inédito.

Achondo, P.P. (2023). De tejuelas y alerces: imaginación, territorios e historias a partir de Donna Haraway. *Revista de Geografía de Valparaíso*, (60), 1-15. <https://doi.org/10.5027/rgv.v0i60.a109>

Bennett, J. (2022). *Materia Vibrante. Una ecología política de las cosas*. Caja Negra. <https://cajane-graeditora.com.ar/libros/materia-vibrante/>

Braidotti, R. (2020). *El conocimiento posthumano*. Gedisa. https://gedisaeditorial.wordpress.com/wp-content/uploads/2020/08/el_conocimiento_posthumano_prensa_extracto.pdf

Caffentzis, G. (2018). ¿Trabajo o energía o trabajo/energía? Sobre los límites de la acumulación capitalista. En: *Los límites del capital. Deuda, moneda y lucha de clases*. Tinta Limón. https://tintalimon.com.ar/public/nilqjfg6gcn4m8yoyp3llrihey09/pdf_978-987-3687-43-3.pdf

Coccia, E. (2021). *Metamorfosis*. Cactus. <https://editorialcactus.com.ar/libro/metamorfosis-emanuele-coccia/>

Combes, M. (2017) *Simondon. Una filosofía de lo transindividual*. Cactus.

Debord, G. (2018). *La sociedad del espectáculo*. La Marca Editora.

Deleuze, G. (2002). *Nietzsche y la filosofía*. Anagrama.

Deleuze, G. & Guattari, F. (2015). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos.

Deleuze, G. (2005). *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)*. Pre-Textos.

Deleuze, G. (2013). *El saber. Curso sobre Foucault*. Cactus.

Deleuze, G. (2017). *Diferencia y repetición*. Amorrortu.

Deleuze, G. (2019). *En medio de Spinoza*. Cactus.

Despret, V. (2018). *¿Qué dirían los animales si les hiciéramos las preguntas correctas?* Cactus.

Despret, V. (2022). *Habitar como un pájaro. Modos de hacer y de pensar los territorios*. Cactus.

Despret, V. (2023). *Cuando el lobo viva con el cordero*. Cactus.

Escobar, A., Osterweil, M. & Sharma, K. (2024). *Relacionalidad. Una política emergente de la vida más allá de lo humano*. Tinta Limón. <https://tintalimon.com.ar/libro/relacionalidad/>

Federici, S. (2015). *El Calibán y las brujas. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires. Caja negra. <https://tintalimon.com.ar/public/yc4c7i8qnk9ik4wktwryzmbk36lj/Brujas.pdf>

Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista ¿No hay alternativa?* Caja Negra. https://cajanegraeditora.com.ar/wpcontent/uploads/2018/12/Realismo.capitalista_Fisher_CajaNegra.pdf

Foucault, M. (2010). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI.

Foucault, M. (2011). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2022). Verdad y poder. En: *Microfísica del poder*. Siglo XXI.

Fujita, J. (2021). *¿Cómo imponer un límite absoluto al capitalismo? Filosofía política de Deleuze y Guattari*. Tinta Limón. <https://tintalimon.com.ar/public/yOxo6kllu4oj2v5c07ssr5n8ecc2/Tinta%20Lim%C3%B3n-C%C3%B3mo%20imponer%20un%20l%C3%ADmite%20absoluto%20al%20capitalismo-Jun%20Fujita%20Hirose.pdf>

Guattari, F. (2013) *Líneas de fuga. Por otro mundo de posibles*. Cactus.

Harambour, A. & Serje, M. (2023). *La era del imperio y las fronteras de la civilización en América del Sur*. Pehuén.

Haraway, D. (2020). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni. https://www.consonni.org/sites/default/files/2020-12/seguir-con-el-problema_haraway_cap1.pdf

Haraway, D. (2023). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Alianza Editorial.

Harvey, D. (2014). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Akal.

Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas*. Ediciones UAH.

Lapoujade, D. (2016). *Deleuze. Los movimientos aberrantes*. Cactus.

Lapoujade, D. (2018). *Las existencias menores*. Cactus.

Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Siglo XXI.

Latour, B. (2021) *¿Dónde estoy? Una guía para habitar el planeta*. Taurus.

López, J. F. (2024). "Ontologías y geografías indígenas del clima en el área centro sur andina". Tesis doctoral programa Geografía UC. <https://doi.org/10.7764/tesisUC/GEO/88145>

Lucero, G., Billi, N., & Fleisner, P. (2023). La cuestión de la naturaleza en el pensamiento de Donna Haraway. *Punto Sur*, 9, (48-65). <https://doi.org/10.34096/ps.n9.12647>

Lugones, M. (2024). *Peregrinajes. Teorizar una coalición contra múltiples opresiones*. Ediciones del Signo.

Mansilla, P., Quintero, J., & Moreira-Muñoz, A. (2019). "Geografía de las ausencias, colonialidad del estar y el territorio como sustantivo crítico en las epistemologías del Sur". *Utopía Y Praxis Latinoamericana*, 24(86), 148-161. <https://produccioncientificaluz.org/index.php/utopia/article/view/27316>

Massey, D. (2005). *For Space*. SAGE.

Moore, J. (2020). *El capitalismo en la trama de la vida: ecología y acumulación de capital*. Traficantes de Sueños. https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/PC_22_MOORE_web.pdf

Morton, T. (2019). *Humanidad. Solidaridad con los no humanos*. Adriana Hidalgo.

Mumford, L. (2020). *Técnica y civilización*. Pepitas de Calabaza.

Núñez, A. & Aliste, E. (2020). *Geografías imaginarias y el oasis del desarrollo. Cambio climático y la promesa del futuro esplendor*. LOM.

Núñez, A., Urrutia, S., & Benwell, M. C. (2023). Geografías posthumanas en Patagonia-Aysén: umbrales, orillas e intersecciones entre animal \cap humano. *Punto Sur* 9, 9-27. <https://doi.org/10.34096/ps.n9.12714>

Núñez, A., Aliste, E. y Arenas, F. (2024). *La invención geográfica de Chile (una historia de como olvidamos el país de las cuencas)*. Santiago, LOM.

Núñez, A. (2024b). *El problema de la naturaleza en las empresas forestales. Un enfoque diferente*. Inédito.

Núñez, A. y Martínez-Wong, A. "Geografía como estética del desplazamiento. Nomadismo, crítica e imágenes". En *Futuros multiespecie. Prácticas vinculantes para un planeta en emergencia*. Castro, A. Bartlebooth, Madrid. <https://bartlebooth.org/Futuros-multiespecie>

Oliveira, W. (2009). Grafar o espaço, educar os olhos: rumo a geografias menores. *Pro-Posições* 20 (3), 17-28. DOI: 0.1590/S0103-73072009000300002

Oliveira, W. (2023). Reparar (n)o lugar através do cinema: como fazer do lugar-escola uma floresta?. *Punto Sur*, (9), 94-114. <https://doi.org/10.34096/ps.n9.12646>

- Pratt, M. (2015). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Siglo XXI.
- Patton, P. (2013). *Deleuze y lo político*. Prometeo libros.
- Ranciere, J. (2014). *El reparto de lo sensible: estética y política*. Prometeo Libros.
- Rodríguez, S. (2024). "Colección de mundos profundos: el fondo del océano como lugar relacional". Inédito.
- Scott, J. (2022). *Lo que ve el Estado. Cómo ciertos esquemas para mejorar la condición humana han fracasado*. Fondo de Cultura Económica.
- Souriau, E. (2017). *Los diferentes modos de existencia*. Cactus.
- Souriau, E. (2021). *Tener un alma. Ensayo sobre las existencias virtuales*. Cactus.
- Stengers, I. & Despret, V. (2023). *Las que hacen historias ¿Qué le hacen las mujeres al pensamiento?* Tentacular.
- Stengers, I. (2017). *En tiempos de catástrofe. Cómo resistir a la catástrofe que viene*. NED Ediciones.
- Stengers, I. (2019). *Otra ciencia es posible: manifiesto por una desaceleración de las ciencias*. NED Ediciones.
- Svampa, M. (2019). El Antropoceno como diagnóstico y paradigma. Lecturas globales desde el Sur. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 24(84), 33-53. <https://doi.org/10.5281/zenodo.2653161>
- Swyngedouw, E. (2011). ¡La naturaleza no existe! La sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada. *Urban*, (1), 41-66.
- Swyngedouw, E. (2021). El apocalipsis es decepcionante: el punto muerto despolitizado del consenso sobre el cambio climático. *Punto Sur*, 5, 6-23. <https://doi.org/10.34096/ps.n5.10997>
- Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural*. Katz.
- Viveiros de Castro, E. (2013). *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*. Tinta Limón. https://tintalimon.com.ar/public/pdf_9789872739089.pdf
- Wallerstein, I. (2006). *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Siglo XXI.